

cas, de los cuales había de cuidar Cedulini por encargo especial del Papa (1).

Cuán necesaria era la presencia del visitador apostólico, se ve sobre todo por relaciones sobre el estado del clero en Constantinopla, cuyo patriarca no observaba la obligación de residencia y se hacía representar por un vicario del todo inepto. También en los conventos de religiosos andaban muchas cosas mal. Cedulini intervino cuanto pudo, e hizo propuestas sobre la manera de remediar los abusos que halló; principalmente propuso la fundación de una residencia de jesuitas en Constantinopla. Con esto quería a la vez contrarrestar la propaganda protestante que recientemente había allí comenzado a hacerse. Así se llegó a entablar negociaciones con el patriarca cismático Jeremías, en las cuales seguramente se trató también sobre la cuestión de la unión con Roma (2). El patriarca mostró en ellas al parecer sentimientos benévolos hacia Roma; con todo la cuestión de la reforma del calendario discutida con él al año siguiente demostró cuán pertinazmente estaba adherido al cisma. En los sacerdotes continuaba sin disminuirse el odio insensato contra los latinos (3).

Antes de su partida publicó Cedulini el 16 de abril de 1581 una serie de saludables ordenaciones, en las cuales principalmente se pusieron en vigor los decretos tridentinos. Con el fin de completar su obra, ya en enero de 1581 había enviado al franciscano Arsengo a Bulgaria para practicar allí una visita pastoral. Ahora encargó al dominico Jovita de Brescia la visita de Crimea. En su viaje de vuelta visitó en todas partes las comunidades católicas, administró la confirmación y exhortó a perseverar en la verdadera fe. A fines de mayo llegó a Ragusa (4).

El primer resultado de las relaciones que Cedulini mandó al Papa, fué la fundación de una residencia de los jesuitas en la capital turca. En noviembre de 1583 se presentaron allí tras largo y peligroso viaje tres Padres y dos Hermanos legos con cartas de recomendación del Papa para el embajador francés y el bailío veneciano. El embajador francés Germigny se interesó por ellos empeñadamente; dispuso los prejuicios de la Sublime Puerta contra

(1) *Ibid.*, 56 s., 62.

(2) *V. ibid.*, 67 s.

(3) *Cf. ibid.*, 68, y Schmid, *Reforma del calendario*, 543 s.

(4) *V. Maffei*, II, 147; Gottlob en el *Anuario Hist.*, VI, 69 s., 71.

estos emisarios del Papa, y les obtuvo el permiso para permanecer allí de un modo estable. Los jesuitas se encargaron de la iglesia de San Benito de Gálata (1). Con esto comenzó una misión que más tarde debía ser de la mayor importancia para los cristianos de Turquía.

También en su solicitud por las iglesias de los ritos orientales sirvió Gregorio XIII preferentemente de los hijos de San Ignacio.

En el año 1578 dos altos dignatarios del Oriente fueron a Roma: primero el arzobispo armenio Nicolás de Naxiván, al cual despidió el Papa copiosamente provisto de dinero y ornamentos sacerdotales (2), y luego el patriarca jacobita de Antioquía, Ignacio Neemet, que ya había estado en relaciones con Julio III (3), pero más tarde, cediendo a las amenazas de los turcos, había apostatado abrazando el islam. En 1576 Neemet envió a Roma a su hermano para prestar obediencia al Papa (4). Pero el hermano no hizo nada. Por eso Neemet se presentó ahora personalmente en la Ciudad Eterna. Ante la Inquisición abjuró sus errores y recibió la absolución después de habersele impuesto una ligera penitencia. Como se hizo imposible su vuelta, se quedó en Roma, donde Gregorio XIII, liberal como siempre, cuidó de su sustentación. El Papa esperaba con esto influir también en la conversión de los cismáticos orientales (5).

Todavía excitó mayor atención una tercera embajada oriental que acudió a Roma en 1578. Eran dos representantes del patriarca de los maronitas del Líbano, que llevaba el título de Antioquía (6). Los maronitas, una tribu siria, estaban enteramente unidos con Roma desde Inocencio III, y desde entonces habían permane-

(1) *V. Sacchini*, V, 144; *Theiner*, III, 436; *Maffei*, II, 341 s. Sobre la iglesia de Gálata v. el artículo publicado en la *Gaceta popular de Colonia*, 1907, núm. 37.

(2) *V. Maffei*, I, 319 s.

(3) *Cf. nuestros datos del vol. XIII.*

(4) *V. el \*Memoriale all'ill. et rev. card. S. Croce per el patriarcha d'Antiochia en Urb.*, 832, p. 502, *Biblioteca Vatic.* *Cf. Lämmer*, *Analecta*, 42.

(5) *V. Le Quien*, *Oriens christianus*, II, 1404 s.; *Botero*, *Relationi*, III, 106; *Maffei*, I, 320 s.

(6) Para lo que sigue *cf. la exposición auténtica del P. Juan Bruno \*Ragguaglio della missione fatta a Maroniti in Soria nel Libanon*, que se halla en el Cód. D. 5 del *Archivo Boncompagni de Roma*. Esta relación sirvió de fuente a *Maffei* (I, 322 s.). *V. también Orbis Seraph.*, II, 748 s.

cido entre todos los orientales los más fielmente adictos a los Papas. Estos se habían interesado por ellos en los siglos xv y xvi en cuanto les fué posible, dada la gran distancia y la dificultad de las comunicaciones (1), pero no habían podido impedir que se introdujesen errores y abusos, tanto en el dogma como en el rito, en un pueblo rodeado de cismáticos, herejes e infieles. Para oponerse a esto se ofrecía ahora una buena ocasión. El cardenal Carafa, protector de los maronitas, condujo a los enviados a la presencia del Papa, al cual presentaron una respetuosa carta de su patriarca y le prestaron obediencia en nombre de éste. En su respuesta Gregorio XIII expresó su gozo por la voluntad del patriarca de mantener la unión, pero juntamente los exhortó a que se apartasen de algunos errores tocantes al bautismo, confirmación y divorcio, los cuales se señalaron en particular (2). Los informes que dieron sobre esto los enviados, eran insuficientes; como además solicitaban el apoyo del Papa contra algunos arciprestes que persistían en desobedecer al patriarca, para examinar este asunto y desarraigando los errores mencionados resolvió Gregorio enviar una legación especial. Ésta se confió a los jesuitas Tomás Raggio y Juan Bautista Eliano, los cuales ambos poseían el hebreo y el árabe y estaban muy bien enterados de las cosas de la Iglesia oriental. El cardenal Carafa en marzo de 1578 redactó una instrucción para ellos, la cual los exhortaba a proceder con prudencia y circunspección, y les indicaba que fijasen también su atención en los asuntos eclesiásticos de los georgianos, coptos y jacobitas (3).

Con los enviados, colmados de regalos por el Papa, partieron los dos jesuitas para el Líbano (4). El recibimiento que hallaron en el patriarca de los maronitas, no dejó nada que desear, pero sus investigaciones sobre el estado de las cosas eclesiásticas dieron por resultado, que era necesaria una intervención

(1) Cf. las cartas de Paulo II, Sixto IV, León X, Clemente VII, Paulo III y IV, en Anaissi, Bull. Maronit., Roma, 1911, 19 s., 22 s., 25 s., 32 s., 53 s., 57 s., 64 s.

(2) V. *ibid.*, 70 s.

(3) Este documento hasta ahora desconocido lo ha publicado por primera vez Rabbath (Documentos, 140 s.).

(4) La carta de recomendación en favor de los Padres enviados, dirigida al patriarca, se halla en Theiner, II, 440, y las facultades para ellos en Anaissi, loco cit., 74 s.

de la Santa Sede (1). Para dar a ésta una más circunstanciada relación, los Padres enviados volvieron a Roma de acuerdo con el patriarca (2); llevaron consigo dos jóvenes maronitas que debían estudiar allí.

La relación de los dos jesuitas determinó al Papa a atender a los maronitas muy ampliamente. El solitario pueblo montañés padecía gran falta de libros eclesiásticos buenos y correctos. Por eso el Papa estableció en Roma una imprenta siríaca. Allí se imprimió un catecismo compuesto por los jesuitas y adaptado a las especiales circunstancias de los maronitas, y otras cosas (3). Con estos libros y muchos ornamentos y vasos sagrados, de que asimismo había gran falta entre los maronitas, así como con ricas limosnas y el palio para el patriarca, fueron enviados al Líbano en la primavera de 1580 dos nuevos delegados, Juan Bautista Eliano y Juan Bruno (4). Ambos fueron provistos de circunstanciadas instrucciones tanto del general de los jesuitas, como del cardenal protector Carafa. El general inculcaba a los Padres, que se mantuviesen alejados de todos los negocios políticos y cumpliesen sólo con su incumbencia eclesiástica (5). Esta consistía en primer lugar en la celebración de un sínodo, en el cual se aceptó el nuevo catecismo y se acordaron saludables decretos para restablecer la pureza de la fe y elevar la disciplina de conformidad con el concilio tridentino. El sínodo celebró sus sesiones en agosto de 1580 en el monasterio magníficamente situado de Quannobin. Siguióse a él una detenida visita pastoral (6), durante la cual murió el patriarca. Sucedióle su hermano, excelente varón, que apoyó a los dos jesuitas de todas maneras. Así se logró restablecer en todas partes el orden, remover los errores dogmáticos y suprimir usos torcidos. La solicitud del Papa fué gozosamente reconocida por los maronitas; cuantas veces se pronunciaba su nombre, se ponían en pie y

(1) Cf. el \*Ragguaglio de J. Bruno en el *Archivio Boncompagni de Roma*.

(2) V. la carta de éste a Gregorio XIII en Theiner, III, 115.

(3) V. el \*Ragguaglio de J. Bruno loco cit. Cf. el \*Avviso di Roma de 17 de febrero de 1580, *Biblioteca Vatic.* En 9 de junio de 1580 Gregorio XIII dió instrucciones al cardenal Santori para los impresos árabes; v. \*Audientiae card. Santorii, Arm. 52, t. XVIII, *Archivio secreto pontificio*.

(4) Cf. Sacchini, IV, 252; Theiner, III, 223; Anaissi, 78 s.

(5) V. Rabbath, Documents, 145 s., 148 s.

(6) V. el \*Ragguaglio de J. Bruno, loco cit. Los decretos del sínodo se hallan en Rabbath, 152 s.

se quitaban el turbante de la cabeza, lo cual era tenido entre ellos como la mayor demostración de reverencia (1).

Tal como estaban entonces las comunicaciones, los dos jesuítas no podían esperar respuesta y nuevas instrucciones hasta después de muchos meses. El tiempo intermedio lo aprovecharon para hacer una peregrinación a Jerusalén, donde hallaron buena acogida en los franciscanos, fieles custodios del Santo Sepulcro, y convirtieron a dos nestorianos. Luego se encaminaron a Damasco, para visitar a los maronitas que allí moraban y tener una entrevista con el patriarca griego de Antioquía. El cardenal Santori, protector de los griegos, les había recomendado que hiciesen una tentativa con el antioqueno, en orden a ganarlo para la unión con Roma. El patriarca escuchó con agrado lo que le dijeron de la fundación del Colegio Griego en Roma; estuvo muy afable, pero manifestó que nada quería hacer en el asunto de la unión sin ponerse en inteligencia con el patriarca griego de Constantinopla. Entre varios peligros y sacrificios, varias veces encarcelados por los mahometanos, volvieron los Padres al Líbano. Aquí encontraron la orden de que el P. Bruno fuese a Roma para dar cuenta de todo mientras el P. Eliano había de ir a El Cairo, a los coptos.

Gregorio XIII quedó muy gozoso del buen éxito de la misión a los maronitas; confirmó al nuevo patriarca y le concedió el palio con copiosas limosnas (2). El patriarca envió a Roma cierto número de jóvenes maronitas, entre ellos a un sobrino suyo (3). A propuesta de Carafa erigió el Papa el Colegio Maronita. Aquí a la vista del supremo jerarca de la Iglesia, debían formarse eclesiásticos idóneos para llevarse consigo más tarde a su tan lejana patria «el verdadero espíritu de San Pedro» (4). En el desenvolvimiento de este colegio se pusieron grandes esperanzas no sólo para los maronitas, sino también para otras iglesias de Oriente (5).

(1) V. \*Ragguaglio de J. Bruno, loco cit. El duque Cristóbal Nicolás Radziwill, cuando en 1583 visitó el Líbano, vió en uso los ornamentos que Gregorio XIII había enviado al patriarca de los maronitas; v. Voces de María-Laach, LIII, 215.

(2) V. \*J. Bruno, loco cit. Cf. Anaissi, 91.

(3) V. \*J. Bruno, loco cit.

(4) Cf. vol. XIX, p. 233.

(5) *Hoggi di*, escribe J. Bruno después de la muerte de Gregorio XIII, persevera questo collegio con speranza che debba seguire notabile aiuto in quella natione et molto honore della chiesa Romana, perchè non si ricorda mai che habbia havuti operarii che havessero gli idiomi arabici et caldei

Los buenos sucesos entre los maronitas fueron sin duda el motivo de que Gregorio XIII el año 1583 encargara a Leonardo Abel, obispo titular de Sidón, maltés perito en el árabe, una misión a los patriarcas orientales, cuya unión se había meditado ya en el otoño de 1578 (1). Al obispo se le agregaron tres jesuítas: el italiano Leonardo de Santángelo, el español Casa y el francés Lanzea, que dominaban igualmente el árabe (2). Gregorio XIII estuvo muy contento de esta elección hecha por el general de la Compañía de Jesús. Al despedirlos exhortó a los Padres a que no temiesen peligros ni trabajos a fin de procurar la verdadera fe a los patriarcas orientales. Díjoles que para la unión del Oriente con la Santa Sede, deseada por él con el mayor anhelo, ningún sacrificio, ningún gasto le parecía demasiado grande (3). La legación salió de Roma el 12 de marzo de 1583. Hasta el 16 de abril no hallaron embarcación, la misma que utilizó también el duque Cristóbal Nicolás Radziwill para su viaje a Palestina. Desde Beirut los enviados visitaron ante todo a los maronitas del Líbano, y luego se encaminaron a Haleb (Alepo). El adelantarse para ir a ver al patriarca de los jacobitas, Ignacio David, que moraba en Diardekir, no parecía posible: los peligros de semejante viaje los consideraron todos demasiado grandes. Por eso los enviados propusieron al patriarca por medio de un mensajero seguro una entrevista en un monasterio sito a la orilla occidental del Eufrates, junto a Orfa (Edesa). Ignacio David evitó sin embargo una entrevista, y envió a su vicario general. En el curso de las negociaciones el obispo de

uniti con la lingua italiana et colle sciènze di filosofia et teologia potendo essere questi strumenti di trattare la reduttione di molte nationi dell'Oriente che usano gli stessi linguaggi. *Archivio Boncompagni de Roma*.

(1) V. las \*Memorias de Santori sobre su audiencia de 15 de octubre de 1578, *Archivio segreto pontificio*, loco cit.

(2) Además de Sacchini, V, 115 s., y Maffei, II, 344 s., cf. Santori, Autobiografía, XIII, 151, 154, y las \*Memorias del P. Leonardo de Santángelo, que se hallan en el Cód. D. 5 del *Archivio Boncompagni de Roma*. La relación final del obispo de Sidón (cf. Mazzuchelli, I, 1, 22; Forcella, VIII, 39), con fecha de 19 de abril de 1587, se halla en Baluze, *Miscell.*, ed. Mansi, IV, Lucae, 1764, 150 s. A. d'Avril ha dado de ella una traducción francesa: *Une mission religieuse en Orient au XVI<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1866. Más útil hubiese sido una nueva edición del original, que existe en numerosos manuscritos. Yo anoté los siguientes: *Berlín*, Biblioteca Real, Informat. polit., I; *Mantua*, Bibl. Capilupi; *Roma*, Biblioteca Vatic., Urb. 841, p. 392 s.; *Viena*, Biblioteca palatina, 6319, p. 1 s. Pichler (II, 462) atribuye erróneamente a Sixto V el envío del obispo de Sidón. Cf. también Bessarione, Ann. 6, ser. II, vol. I, Roma, 1901-02, 205 s.

(3) V. las \*Memorias de Leonardo de Santángelo, loco cit.